

hacer grabar aquella inscripción en el talismán de ternura dado á su amigo al regreso. No podía Olivier comprender aquel dulce recuerdo de las pasadas horas. Volvió á dejar la sortija sin hacer comentario alguno. Pero si hubiera conservado alguna duda sobre lo que por él pasaba, hubiérala perdido al notar el inmediato alivio que experimentó.

No había encontrado nada en el interior de la sortija que le revelase, como esperaba, á la señora de Carlsberg, y aquellas palabras italianas acababan de sugerirle de nuevo la idea de que la querida de Pedro podía ser la señora de Bonnacorsi. Pensó: «Una vez más he sido el caballo que corre junto á su sombra.» Y mirando á su amigo, que había enrojado otra vez mientras duró el rápido examen, le preguntó:

—¿Es numerosa la colonia italiana aquí?

—No conozco más que á la marquesa de Bonnacorsi y á su hermano Navajero. ¡Este último es una especie de inglés, más inglés que todos los ingleses de Cannes!...

Al nombrar á la veneciana, Hautefeuille enrojó más. Adivinaba por qué asociación de ideas Olivier le hacía aquella pregunta después de haber examinado la sortija y leído la inscripción: su amigo creía que aquel recuerdo venía de una italiana, y ¿quién podría ser sino Adriana? Otro se hubiese alegrado de aquel error, que engañaba una perspicacia bien pronto despierta; pero la delicadeza de Pedro le hacía sufrir por una equivocación de aquel género, que comprometían á una mujer irreprochable, de cuyo matrimonio había sido testigo. Su confusión, su

rubor, un punto de vacilación en su voz, fueron para él otro indicio de que estaba sobre la verdadera pista. Olivier sintió remordimientos por haber cedido á un impulso casi irreflexivo. Pensó que había molestado á su amigo, y hubiera querido pedirle perdón. Pero borrar una falta de delicadeza insistiendo, es á veces una falta de delicadeza mayor. Todo lo que podía hacer, y lo que hizo, era reparar un poco la impresión que sus sarcasmos del día anterior debieron producir en Pedro si este último estaba enamorado de la veneciana. La anglomanía de Navajero le sirvió para poner en caricatura un es Snob del mismo orden encontrado en Roma, y concluyó:

—Ayer tenía mal humor, y no he debido parecerme muy cuerdo en mi acceso de *sepia*. ¡Me he divertido tanto en otra época en esta sociedad abigarrada de los establecimientos de aguas, y he gustado de tal forma del encanto de las extranjeras! Era más joven. Recuerdo que Monte-Carlo me ha agradado mucho. Me alegraría volverle á ver. ¿Quieres que vayamos hoy á comer allí? Esto distraería á Berta, y creo que no me disgustaría.

Decía la verdad. En las crisis puramente imaginativas, los momentos de espera son acompañados de un extraño sentimiento de bienestar que se traduce en hechos de una alegría infantil, como los motivos de que se deriva generalmente. Durante las horas que siguieron, y hasta el momento en que el tren se puso en marcha hacia Niza, Olivier asombró á su mujer y á su amigo por la metamorfosis, para ellos inexplicable, de su humor y su conversación. El *Ora e sempre* de la sortija y su sentimentalismo, la senci-

llez de la naturaleza italiana para el carácter de opulenta belleza, resumido en la comparación que Pedro había hecho de la señora de Bonnacorsi con una veronesa, todo le hacía ahora pensar que su amigo era el amante de una mujer indulgente y fácil, voluptuosa y dulce. Complaciase pensando en aquel amor dichoso, y creía de buena fe que su ansiedad de la víspera y de la mañana habían tenido por causa única su solicitud por Hautefeuille, y que su actual contento era motivado por su amistad asegurada.

Un sencillo incidente hizo que se hundiera todo aquel edificio de ilusiones voluntarias é involuntarias. En la estación del golfo Juan, al asomarse Hautefeuille á la ventanilla, le llamó la atención una voz, en la que Olivier reconoció la de Corancey. Abrióse la portezuela para dar paso á una mujer que no era otra que la ex señora de Bonnacorsi, seguida por el meridional. Viendo que Pedro no estaba solo, Adriana enrojació hasta la raíz de sus cabellos rubios, mientras que, como siempre, triunfante, deslumbrador, soberbio, Corancey hacía las presentaciones. El seductor conyugal había pensado en todo, y antes de partir para Génova había instalado en una de las quintas del golfo Juan un asilo para sus citas, que debía servir para las secretas dichas de su original luna de miel. Adriana había encontrado el medio de engañar la vigilancia de su hermano é ir á buscar á su clandestino esposo desde el primer día. La voluptuosidad comenzaba á darle esa audacia, con la que el astuto meridional había contado para el fin de su aventura, pero aún no había enseñado á la hermosa

criatura á mentir bien; apenas tomó asiento en el vagón, dijo á Olivier y á su mujer, que no la preguntaban:

—He faltado al tren anterior, y el señor de Corancey también; hemos tenido la idea de venir á pie hasta aquí para tomar el siguiente, en lugar de esperar en la estación de Cannes.

Mientras hablaba, Olivier miró sus zapatitos charolados y los bajos de su vestido, que desmentían sus palabras. No tenían una mota de polvo, y los zapatos de su compañero demostraban que no había andado cincuenta pasos. Los dos sorprendieron la mirada de Olivier, que acabó de confundir á la italiana é hizo provocar la risa loca de Corancey, que dijo alegremente:

—¿Van ustedes á Monte-Carlo? Tal vez les vea á ustedes allí... ¿Dónde comerán?

—No sabemos—respondió Olivier con una sequedad casi impolítica.

Y no pronunció una palabra más, mientras que el tren corría á lo largo del mar, atravesando túneles; y Corancey, sin desconcertarse por el mal humor de su antiguo compañero, entablaba con Berta una conversación que encontraba el medio de hacer casi familiar.

—¿Es la primera vez que va usted á la casa de juego, señora? Entonces la suplico á usted que, si la encuentro, me deje jugar su juego. ¡Bien...! ¡Otro túnel! ¿Sabe usted cómo llaman los americanos este cabo de línea? ¿No se lo ha dicho á usted miss Marsh, Marquesa? ¿No...? Pues bien: es encantador, le llaman «la flauta», porque no hay más que agujer-

ros de trecho en trecho. ¿Le ha gustado á usted Egipto, señora? Se pretende que Alejandría se parece á Marsella. «Pero allí no hay el maestral», dirá un marsellés. Hautefeuille... Tú conoces á mi cochero. En Cannes, hace dos meses, un día en que todas las quintas temblaban, me dijo: «¿Le gusta á usted nuestro Mediodía, señor Mario?» «Sí, le respondí; si no hubiera viento...» «... ¡Pecheire de viento! No hay nunca viento de Marsella á Niza.» «Pues ¿qué es eso?», le dije mostrándole una de las palmeras de la Croisette, que tropezaba en el agua de inclinada que estaba. «¿Viento eso, señor Mario? No es viento... Es el maestral, que da el alerta al provenzal...»

«Éste es el verdadero amante de la italiana», pensaba Olivier. Hábiale bastado ver á Hautefeuille en presencia de Adriana para estar seguro de ello: no era aquélla la querida desconocida, junto á la cual el joven había pasado gran parte de la noche anterior. Por el contrario, la entrada de Corancey con ella, su visible intimidad, la mal urdida mentira que se había permitido, la fascinación que el meridional ejercía sobre ella, todos estos indicios no permitían la duda. «Sí (se repetía), es su amante. Y son dignos el uno del otro; esta robusta mujer, que podría vender naranjas en el muelle de los Esclavos, y este bellaco hablador. ¡Y Hautefeuille, que le escucha con complacencia! ¡Hautefeuille, que no parece asombrado de que estas gentes arrastren su vicio en todos los trenes al lado de un joven matrimonio! ¡Cuánto ha cambiado!»

Se ve que, con todo su escepticismo, Olivier no escapaba á los prejuicios y á la falta de lógica corrien-

tes. Había encontrado muy natural, durante su juventud, abrigar sus intrigas bajo la protección de honradas mujeres, amigas ó parientas de sus queridas, y encontraba ahora muy extraño que Pedro no se escandalizase al ver á la señora de Bonnacorsi y á Corancey instalarse en el mismo departamento de los señores de Du Prat. Pero sobre todo comenzaba á entregarse de nuevo al doloroso trabajo de deducción, interrumpido algunas horas, y pensaba: «No...» Esta robusta italiana y ese meridional no pueden gustarle. Si los soporta, es porque para él representan una comodidad, una complicidad, ó simplemente porque conocerán á su querida... ¡Porque la tiene! Aunque yo no supiera que ha dormido fuera; aunque no le hubiera visto en su lecho esta mañana con los ojos hundidos y la tez pálida; aunque no hubiera tenido entre mis manos la sortija, no tendría más que mirarle ahora. Es otro hombre.»

Monologuando así, Olivier estudiaba de nuevo á su amigo con esa avidez apasionada que analiza los menores gestos, los movimientos de los párpados, la respiración de otro, como un salvaje analiza, traduce el pliegue de las hierbas, la huella en la tierra, la fractura de una rama, el machucamiento de una hoja en el sendero por donde ha pasado un fugitivo. El observador notaba también en Pedro el cambio de aquel carácter tan exclusivamente francés que le había conocido en otra época. No hacía más que tres meses que el joven amaba á Ely, y sólo tres semanas hacía que supo que ella le amaba; pero á fuerza de pensar en ella, todas sus ideas se habían modificado de un modo tan profundo como insensible. Su con-

versación resultaba algo exótica. Sus alusiones á las cosas de Italia y de Austria pasaban de lo natural.

Él, que en otra época asombraba á Olivier por su falta de curiosidad, parecía sentir el placer de un novel iniciado en las anécdotas del mundo cosmopolita, al que estaba unido por secretas y poderosas raíces. Tenía allí interés, simpatías, costumbres, sentimientos, y en sus cartas había hecho adivinar á su amigo esta metamorfosis. Olivier continuaba buscando la mujer al través de aquella conversación, al través del rostro de Pedro y en las más insignificantes frases de los tres que hablaban. Berta, después de haber apenas respondido á las familiaridades de Corancey, parecía absorta en la contemplación del mar. Caía la tarde; las sabanas de agua azul y violeta dormían; en la cortadura de las caletas la espuma se amontonaba en torno, y abajo, por cima de las montañas de roca, cerrando el horizonte, se dibujaban las cúspides de las altas cimas cubiertas de nieve. Pero la distracción de la joven era sólo aparente, y de no haberse Olivier emocionado por un nombre repentinamente pronunciado, hubiera podido ver que este mismo nombre la hacía también estremecerse.

—¿Come usted mañana en la quinta Helmholtz?

—había preguntado la señora de Bonnacorsi á Hautefeuille.

—Iré por la noche—respondió él.

—¿Sabes si la baronesa Ely está en Monte-Carlo hoy?—preguntó Corancey.

—No—respondió Pedro—; come en casa de la gran duquesa Vera.

Al decir esta sencilla frase, su voz había temblado

un poco. Hubiera encontrado pueril é indigno representar una comedia ante Olivier, y era perfectamente lógico que Corancey, conocedor de sus relaciones con la señora de Carlsberg, le dirigiese una pregunta insignificante. Pero el don de doble vista que parecen poseer los amantes le había hecho sentir que su amigo le miraba de un modo particular y, ¡cosa extraña!, también Berta. La conciencia del tierno secreto que ocultaba en el fondo de su corazón como en un santuario hízole penosas aquellas dos miradas, y su rostro se alteró un poco, lo bastante para que las dos personas que le espiaban en aquel momento encontrasen en su turbación una respuesta á su pensamiento:

«El nombre de la baronesa Ely es el que está escrito en aquel retrato.» ¿Cómo no había Berta de pensar esto? Y en seguida: «¿Es que esa mujer está en Cannes?... ¡Cómo se han turbado Olivier y él!»

«¡Está al tanto de lo que ella hace!—había pensado Olivier—. Y, ¡con qué familiaridad le ha pedido Corancey noticias tuyas! Su tono ha sido el que emplean estas gentes para hablar de una mujer con quien uno tiene relaciones íntimas. ¿Será posible? ¿Será posible?» La voz interior, exorcizada, por así decirlo, con la lectura de las palabras grabadas en la sortija, había comenzado á hablar de nuevo. Y respondía que aquellas relaciones entre Ely y Pedro eran, no sólo posibles, sino ciertas. ¡Qué poco valor tenían, no obstante, los datos que formaban aquella seguridad! Pero otros iban en seguida á unirse á ellos. Fué el primero una confidencia que el mismo Pedro hizo á su amigo en lo que se refe-

ría á Corancey. Notando la frialdad con que había acogido á su antiguo compañero, le dijo:

—No parece haberte gustado mucho que entrase en nuestro departamento, El lo ha comprendido. Confíesalo.

—Son costumbres de la costa—respondió Olivier—. Hubiera podido evitar ese roce á mi mujer. Si la señora de Bonnacorsi es su querida, mejor para él. Pero que nos la presente como lo ha hecho, me resulta molesto. Esto es todo.

—No es su querida, es su mujer—repuso Pedro—. Acaba de suplicarme que te lo diga. Ya te lo explicaré todo más tarde.

Y Pedro le había contado en dos palabras el extraordinario matrimonio secreto, la tiranía ejercida por Navajero sobre su hermana, la resolución de esta última, la partida de todos en el yate y la ceremonia en el viejo palacio genovés. Había escogido para referir todo esto á su amigo el momento en que, en el vestíbulo del restaurant, Berta se despojaba de su abrigo y de su velo, y ellos depositaban sus gabanes en manos del suizo. Era el primer momento en que ella les había dejado solos desde que se apearon del tren.

—Con todo eso, no has tenido tiempo de ver Génova, ¿no es así?—dijo Olivier al aproximarse su mujer.

—Sí. El mar estaba muy agitado, y no hemos vuelto hasta el día siguiente.

«¡Han pasado allí la noche!», pensó Olivier. Por otra parte, la conclusión hubiera sido la misma de haberla pasado á bordo del yate. ¿No es el sueño

de todas las queridas casadas, la novela de su pasión, asegurar la dulzura de una verdadera noche de amor, plenamente saboreada en un asilo protector? Y como si el destino se encarnizase en disipar las últimas dudas de Olivier, al atravesar el restaurant para acercarse á una mesa libre, Pedro se detuvo entre la abigarrada multitud. Saludó á cuatro personas sentadas á una mesa servida con más elegancia que las demás, y adornada con flores raras.

—¿No has reconocido á tu antigua compañera de baile?—dijo Pedro volviéndose á Olivier.

—¡Ivona de Chesy! En efecto, no ha cambiado. ¡Qué joven está!—dijo Olivier.

Tenía ante sus ojos un gran espejo, en el que se reflejaba todo el pintoresco conjunto del restaurant á la moda, con sus mujeres de mundo y del *medio mundo*, vestidas de un modo semejante, codeándose y acompañadas de hombres que conocían á las unas y á las otras. La posición de los convidados hacía que Du Prat viese á Ivona de perfil. Estaba frente á su marido, no el aturdido y bromista Chesy de la *Jenny*, sino un sér nervioso, inquieto, imagen exacta del jugador arruinado, que se pregunta, en medio de una lujosa fiesta, si no va á salir de allí para saltarse la tapa de los sesos. Entre ambos esposos había un personaje de rostro innoble, ojos inquisitoriales, encendido color, con una roseta de oficial en el ojal, que hacía manifiestamente la corte á Ivona. Junto á ésta estaba sentada otra mujer, de la que Olivier no vió al principio más que la nuca. Observó después que aquella mujer se volvió una vez, dos veces, tres, cuatro, para mirar hacia el sitio que ellos ocupaban. Ha-

bía en la actitud de la desconocida algo tan extraño la preocupación que mostraba por el grupo formado por los Du Prat y por Hautefeuille, contrastaba tanto con su aspecto y con la expresión reservada de su rostro, que Olivier sintió un nuevo rayo de esperanza. ¿Si aquella mujer bonita y fina, de tan dulce é interesante rostro sería la querida de Pedro? Como distraídamente, preguntó:

—¿Con quienes comen los Chesys? ¿Quién es ese hombre condecorado?

—Es Brión, el bolsista; y esa encantadora joven que está frente á él, es su mujer.

Olivier miró de nuevo al espejo, y esta vez sorprendió los ojos de la señora de Brión fijos evidentemente en él. Su memoria, tan fiel para cuanto se refería á su pasada novela, le recordó aquel nombre, que oyó en su mente de un modo claro, tal como le había pronunciado ante él una voz inolvidable. Vióse en un paseo de la quinta Climontana, hablando á Ely de la amistad que sentía por Pedro, y discutiendo con ella, como con frecuencia sucedía. Sostenía él que la amistad, ese sentimiento tan puro, tan noble, esa mezcla de estimación en la ternura, de absoluta confianza en la simpatía, no puede existir más que de hombre á hombre. Ely pretendía tener una amiga, de la que estaba tan segura como él podía estarlo de Hautefeuille, y nombró á Luisa Brión. Esta amiga era la que ahora comía á algunos pasos de su mesa; y si le miraba con tanta insistencia, es que sabía... ¿Qué sabía? ¿Qué había sido el amante de la señora de Carlsberg? Sin duda. ¿Que hoy lo era Pedro?

Esta vez la obsesión de aquella idea fué tan impe-

riosa, que Olivier comprendió que no podía soportarla más tiempo. Pero, ¿acaso no tenía un medio inmediato de conocer la verdad? ¿No había Corancey anunciado que concluiría la velada en la casa de juego? Puesto que había pasado el invierno con Hautefeuille y con la señora de Carlsberg, sabría, ciertamente, á qué atenerse sobre aquel asunto. Olivier pensó: «Le preguntaré sin rodeos. Que hable ó no, leeré su pensamiento en sus ojos. ¡Es tan aturdido!» Después, aquel procedimiento le produjo vergüenza, antojándosele una falta de delicadeza para con su amigo. «¡He aquí el efecto de una mujer entre dos hombres de corazón!, pensó... ¡Cómo se envilecen en seguida! No... no intentaré hacer hablar á Corancey... Y, sin embargo...» ¡Aturdido Corancey! No se podía dar engaño mayor acerca del astuto meridional; pero, por desgracia, algunas veces era demasiado astuto, y en aquel caso, este exceso de sutileza debía hacerle cometer la irreparable falta de aclarar por completo las dudas de Olivier. Todos los escrúpulos de éste no podían nada contra la tentación. Después de lo que había dicho, y á pesar de los sentimientos que experimentaba, sucumbió al funesto deseo de saber, cuando á las diez encontró á Corancey en uno de los salones del Casino, y bruscamente le preguntó:

—Esa baronesa Ely, de la que hablabais en el tren esta mañana, ¿es la misma señora de Carlsberg que yo he conocido en Roma, la que se había casado con un Archiduque de Austria?

—¡La misma!—respondió Corancey, que pensó:

«¡Calla! ¿Hautefeuille no ha hablado? ¿Du Prat la

ha conocido en Roma? ¡Con tal que Du Prat no se lo cuente á Pedro!»

Y en voz alta dijo:

—¿Por qué me lo preguntas?

—Por nada.—dijo Olivier.

Y añadió tras una pausa:

—¿Es que mi buen Pedro está enamorado de ella?

«¡Ya estamos!, pensó el meridional. Más pronto ó más tarde ha de saberlo. Cuanto antes sea, mejor.»

Y respondió:

—¡Sí, está enamorado de ella! Estoy enterado de esto. ¡La adora!

—¿Y ella?—preguntó Olivier.

—¿Ella?—respondió Corancey—. ¡Está loca por él!

Y aplaudiéndose su perspicacia, se dijo: «Al menos ahora estoy tranquilo. Du Prat no cometerá ninguna inconveniencia...»

Por primera vez no comprendía la prodigiosa ironía de sus propias reflexiones, y resultaba tan inocente como su esposa clandestina, la sencillísima Adriana, que, habiendo encontrado á Berta ante una mesa de ruleta, respondía á las preguntas de la joven sin notar su turbación, con la más imprudente serenidad.

—Han hablado ustedes en el tren de una baronesa Ely... ¡Qué nombre más chistoso!

—Es un diminutivo de Elisabeth, bastante frecuente en Austria.

—Entonces, ¿esa señora es austriaca?

—¡Cómo! ¿No la conoce usted? Es la señora de Carlsberg, la esposa morganática del archiduque Henri-François. Seguramente la encontrará usted en

Cannes. ¡Y verá usted qué hermosa, qué buena y qué simpática es!

—¿No ha vivido en Roma en otra época?—preguntó aún la joven.

¡Cómo palpitaba su corazón al hacer la pregunta! La veneciana respondió con naturalidad:

—Sí. Durante dos inviernos. Entonces estaba separada de su marido... Ahora se han vuelto á reunir aunque...

Y la excelente criatura se calló por discreción.